

Dos extraños

A Tristan

Image not found.

Capítulo 1

Dos extraños

¿Qué si la quiero?, no, mi amigo, debo decirte que no... No podría amarla con ternura, pasión y lujuria desmedida, aunque de lujuria, nuestros alientos hablaron lo suficiente esa noche. Ella no era precisamente una beldad homérica, pero sus encantos eran suficientes para enajenar a cualquier corazón solitario, y el mío de batallas, entre sabanas y versos, se ha decantado enfermizamente por frecuentar las callejuelas silenciosas y tener como confidente una copa de ardiente licor.

He de contarlo, como lo recuerda mi carne, como mi mente lo ha grabado, con imágenes que no se evanecen y no se rinden al inexorable olvido...

El viento soplaba gélido y ululante, revolvía el dorado polvo de las sandalias de los viandantes que durante la tarde habían trajinado en el malecón. Su figura, graciosamente inclinada y enfundada en un vestido vaporoso de tirantes, resplandecía como el espectro de una de esas legendarias mujeres que, loca de amor, se había partido en mil pedazos contra las rocas y los latigazos de la pleamar. Su larga cabellera negra ondulaba en ramalazos insinuantes y el vaho perceptible que manaba de las entrañas de su pecho ascendía en hilillos que serpeaban y se extinguían al frío de la noche. Torció ligeramente el cuello para encontrarse por accidente con mis pupilas embebidas; entonces, se convirtió en la dama más espléndida de la noche, una diosa nacarada, esculpida por unas manos prendadas de devoción. Discretos pasos me dirigieron hacia ella, dirigidos por una conexión mística e irrevocable, un llamado ensordecedor, como el rugido de un cataclismo que desarraiga las frondas de un bosque y trunca montes de roca. No necesité de formalismo alguno ni de nombres; la civilidad se había perdido allá, donde las luces portuarias titilaban como millares de cirios..., bastó arrojarme a las profundidades del ámbar de sus ojos de pantera entre penumbras, para entenderla, para entendernos por una noche. Dos almas huérfanas, perdidas bajo la noche constelada, hastiadas de la ruindad del mundo, buscando en el quehacer del amor y del instante un nuevo suspiro que albergar y recordar.

Entonces, una botella de vino reverberando mates verdosos contra el empapelado de un cuarto de motel. Un jergón que había testimoniado no tan viejas contiendas pasionales, una ventana con los postigos indiscretos.

En una noche de baño de plata, su piel desnuda y perlada, se escurría en escalofríos y estremecimientos, bajo los ofensivos trazos de mis toscos dedos. Su cuerpo, se retorció una y otra vez sobre la rezumante marejada de mi pecho, y nuestras respiraciones farragosas se confundieron con el

murmullo de los ecos lejanos. Pero no, no la quiero; la quise tal vez, durante esas horas mezquinas y pasajeras que se nos escabulleron como fumarolas cortadas contra un cielo incendiario. Porque para amarla necesitaría de los rostros extraños, de los índices acusadores, de las habladurías como ensalmos lejanos. Pero no la amé..., la quise, tal vez, con salvajismo desmedido, con el ahogado grito de la explosión cósmica... la quise, justo en el momento exacto, para recitarle muy cerca al oído, un soneto apagado.

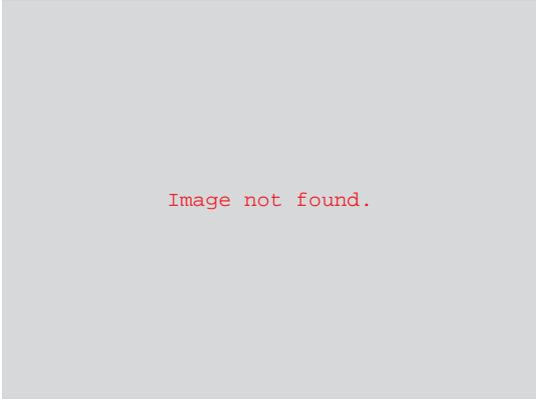


Image not found.